

# INTERDISCIPLINA ENFOQUES Y PRÁCTICAS

Alba Teresa  
Estrada  
Castañón  
coordinadora

COLECCIÓN  
DEBATE Y  
REFLEXIÓN



# Interdisciplina

## Enfoques y prácticas

Alba Teresa Estrada Castañón  
(coordinadora)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES  
MÉXICO, 2010

---

FICCION, CIENCIAS SOCIALES E HISTORIA EN NOVELAS  
DEL SIGLO XX\*



*Patricia Cabrera López\*\**

Merced a nuestra experiencia como lectoras y lectores, y a nuestras inclinaciones teóricas, sabemos que la novela, por su carácter de género abierto —tanto en sus formas como en sus contenidos— al devenir histórico, resiste muchas lecturas e intenciones comunicativas. Sin mengua de su carácter ficticio, la novela logra crear la ilusión de referirse a situaciones sociales o históricas muy precisas (como en el caso de la novela realista); pero también se presta a complejos procedimientos alegóricos que esperan del lector, capacidad de percibir la simbolización de procesos sociales inquietantes y traumáticos.

Reforcé esta idea tras examinar la obra narrativa de más de 70 escritores que han vivido y publicado en México desde 1964 hasta finales del siglo pasado. Tomé en cuenta novelas y cuentos, aunque para esta ocasión solamente me referiré al caso de las novelas porque con éstas basta y sobra para ilustrar mis hipótesis. Recordemos que en la lectura literaria se genera una suerte de alquimia virtual entre la imaginación del escritor y la de sus lectores. Imaginaciones individuales e imaginarios sociales se encuentran y se multiplican produciendo significaciones y sentidos, simbolizaciones, interpretaciones, pensamientos potenciales, figuraciones de una época... En fin, el conocimiento de la poética de los géneros estético-verbales, el talento para organizar el relato y seleccionar sus componentes, la inteligencia para manejar el tiempo, el movimiento, el ritmo, el equilibrio, y sobre todo la claridad del propio proyecto estético-literario se condensan en lo que acostumbramos llamar el «oficio de escritor» y nos atrapan. Digo todo esto porque cuando seleccionamos los libros y autores que vamos a estudiar es porque la lectura literaria tendió un puente de empatía entre ellos y nosotros, es decir, comprendemos o creemos comprender sus proyectos estético-literarios y por eso

\* PAPIIT IN402207 "Literatura y política en México. Siglos XX y XXI".

\*\* Investigadora del CEIICH-UNAM.

disfrutamos sus novelas. Por empatía fui seleccionando aquellos libros con los que me sentía identificada en términos culturales y generacionales (los años setenta del siglo XX) y también ideológico-políticos. Al percatarme de que algunos autores habían comenzado a publicar desde los años sesenta, orienté mis búsquedas a la década anterior. Después noté que unos pocos se habían iniciado en talleres literarios a finales de los años setenta, con cuentos, pero publicaron novelas en los años ochenta o noventa. De paso fui observando que en esos mismos años resurgieron algunos escritores maduros (de generaciones anteriores) identificados con la izquierda, y publicaron su obra en México los exiliados hispanoamericanos.

Los escritores seleccionados son éstos: José Revueltas, José Agustín, René Avilés Fabila, Julián Meza, Orlando Ortiz, Parménides García Saldaña, Margarita Dalton, Gerardo de la Torre, Alfredo Leal Cortés, Jorge Aguilar Mora, Héctor Manjarrez, Luis González de Alba, Juan Miguel de Mora, Luis Carrión Beltrán, Héctor Morales Saviñón, Gonzalo Martré, David Martín del Campo, Salvador Mendiola, Alberto Huerta, María Luisa Puga, Agustín Ramos, Luis Arturo Ramos, Federico Campbell, Salvador Castañeda, Jaime del Palacio, José Joaquín Blanco, Héctor Aguilar Camín, Alejandro Ariceaga, Jesús Gardea, Elena Poniatowska, Hernán Lara Zavala, Carlos Montemayor, Vilma Fuentes, Jaime Avilés, Gabriel Retes. De España llegaron para asentarse en México, donde se iniciaron como novelistas: Edmundo Domínguez Aragonés y los dos Paco Ignacio Taibo, el I y el II. La italiana Francesca Gargallo dejó su país para trasladarse a Nicaragua y de ahí vino a México. A ellos agregué los hispanoamericanos: unos se quedaron aquí y otros retornaron a sus países tras el exilio obligado. Ellos son Demetrio Aguilera Malta y Miguel Donoso Pareja, de Ecuador; Lizandro Chávez Alfaro, de Nicaragua. De Chile vivieron su exilio en México Luis Enrique y Poli Délano, padre e hijo, respectivamente. De Guatemala llegó Marco Antonio Flores. En cuanto a los argentinos, Humberto Costantini, Mempo Giardinelli y Miguel Bonasso retornaron; Rolo Diez, en cambio, ya se estableció aquí. Del exilio uruguayo vivió en México Carlos Martínez Moreno. Ellos firman las novelas (cuyos títulos no menciono a fin de no ocupar tiempo necesario para otros menesteres en esta ponencia) que incluí en lo que llamo (sin intención de inventar etiqueta alguna) «narrativa literaria de izquierda».<sup>1</sup>

<sup>1</sup> La mayor parte de los títulos se encuentra en el «Apéndice bibliográfico» (Cabrera López, 2007: 403-412). La lista más completa se halla en <http://telematica.politicas.unam.mx/LITEX/Litex.php>.

¿Qué me contaron, qué me sugirieron o qué me insinuaron esas 86 novelas? La trama, los actores, el espacio, el correlato histórico evocan un mundo que también es el mío, directa o indirectamente. Sus páginas están pobladas de mujeres y hombres que forman parte de movimientos por la vivienda, sindicales o estudiantiles (como el de 1968) encabezados por la izquierda y enfrentados contra gobiernos represores. Algunos narradores relatan planes para atacar contra un dictador sudamericano, militar o civil, o contra cualquier político de alto rango, por parte de jóvenes que se hallan en encrucijadas existenciales pues no encuentran acomodo en el *statu quo* pero tampoco creen en un partido, en una organización ni en dios alguno. En algunas de esas novelas los actores son sujetos colectivos: jóvenes que buscan el sentido de su existencia a través de una militancia más intelectual y ética que práctica; a veces exhiben las contradicciones que atraviesan sus vidas. Por un lado son conscientes de lo que pasa en México y en el mundo, adoptan la teoría marxista para explicar la sociedad dividida entre explotados y explotadores, y condenar la violencia intervencionista de Estados Unidos en Vietnam o en Hispanoamérica; por el otro, osan vivir todas las sensaciones posibles bajo la subjetividad sensorial más íntima, allí donde el ácido lisérgico, la marihuana y el rock amalgaman una realidad aparte (Cabrera López, 2004, 2006). Otras veces leí novelas cuyos personajes eran jóvenes urbanos y letrados que terminaban renunciando a la lucha armada o sacrificaban su vida en ésta de modo inocuo; o eran trabajadores intelectuales (escritores, guionistas, periodistas) politizados y víctimas de la explotación, vivían en comunas jipis o pasajeramente en Europa. Esos mismos actores protagonizan utopías que van desde el asalto revolucionario al cielo hasta la vida en una isla donde se construye la sociedad sin clases. En estos últimos casos la lectura novelesca me creó la ilusión de que mi vida durante los años setenta no había sido sólo la mía, sino la de muchos, y que algunos autores y yo —sin conocernos en persona— habíamos tenido los mismos sueños utópicos. Acudiendo a la teoría del inconsciente colectivo de Carl G. Jung (1984) no sería descabellado imaginar que una constelación de novelas pueda condensar las vivencias, pensamientos, aspiraciones y sueños compartidos por miembros de una comunidad ideológico-política dispersa en distintos puntos del planeta.

Pero también encontré actores literarios que identifiqué como guerrilleros conocidos o no: leí su derrota así como la ubicación geográfica y los destellos de las historias políticas de Guatemala, Chile, Argentina o

Nicaragua; las recriminaciones a sus compañeros, la autocrítica política, los testimonios que abarcan desde el espionaje y la represión hasta las torturas más indecibles, la memoria de un heroísmo que nunca será registrado en la historia convencional. Otras veces reconocí de inmediato el campo literario mexicano de los años sesenta, sus figuras hegemónicas y la voz narradora sarcástica que vincula a tales figuras con la sempiterna corrupción del Estado. Hallé mujeres críticas que ponían en práctica, desde su condición de género, sus principios políticos y daban cuenta de experiencias muy diferentes de las masculinas. También descifré arduas alegorías de la izquierda latinoamericana y su mundo libresco, su paranoia explicable y rutinaria, su antiimperialismo a ultranza, su autosacrificio. En otro conjunto de novelas descubrí que el espacio simbolizaba el mundo y la vida social: las tramas se desarrollan en ciudades africanas recién descolonizadas; cárceles, centros clandestinos de tortura, en hospitales psiquiátricos o en cuarteles urbanos de la guerrilla que, a fin de cuentas, se vuelven prisiones para sus propios habitantes. Leí varias novelas biográficas: sobre un dirigente maya asesinado por la casta divina de la península yucateca; sobre comunistas y anarquistas internacionalistas que vivieron en el México del siglo pasado, y últimamente sobre un líder ferrocarrilero. No faltó la evocación de la guerra civil española y los comunistas que resistieron y salieron al exilio, ni la novela negra con su detective y sus crímenes selectivos inducidos por el clasismo, la guerra fría y la guerra sucia.

Desde el punto de vista estrictamente narrativo, el complejo novelesco que ha motivado en mí la cognición del mundo al que pertenezco, que me ha dado tantas sensaciones y emociones, que me ha despertado —o despejado— tantas dudas, que me ha ayudado a comprender mi tiempo tiene un rasgo común, por encima de las diferencias generacionales entre los escritores. Este rasgo común es la perspectiva de enunciación de su sujeto. En su libro *El relato en perspectiva*, Luz Aurora Pimentel (2005) afirma que «la perspectiva es el principio de selección que se caracteriza por las limitaciones espacio-temporales, cognitivas, perceptuales, ideológicas, éticas y estilísticas a las que se somete toda la información narrativa». Esta aserción fundamenta la hipótesis de que en las novelas que leí, la perspectiva es izquierdista porque los escritores emplean cierto léxico; focalizan algunos lugares, acontecimientos-clave o zonas urbanas; mencionan cierta información coyuntural así como nombres de personajes históricos de izquierda; esgrimen cierta axiología y argumentos ideológicos para calificar a individuos y relaciones sociales,

y optan por soluciones estilísticas cercanas a la refracción del mundo social, que resisten ser leídas como signos de una posición izquierdista. Es decir, que los escritores, al preferir esos signos en lugar de los otros existentes en el amplio repertorio cultural, están reivindicando, indirectamente, determinada identidad ideológica.

Ahora bien, esta perspectiva de enunciación izquierdista no significa que las novelas «reflejen» los acontecimientos o las condiciones histórico-sociales a las cuales se refieren. Gracias a los avances del análisis literario ahora aceptamos que aun si una novela se refiere a hechos históricos o veraces, o tiene pretensiones biográficas o autobiográficas, desde el momento en que la intención de quien escribe no es la de ser historiador, periodista o cronista, sino la de ser novelista, él o ella tienen que ficcionalizar el referente. Y en este proceso, la imaginación, la intertextualidad o la memoria del género le van ganando terreno al dato meramente documental. De modo que la política no tiene que aparecer de modo unívoco, en primer plano, sin ambigüedad, porque en el texto literario opera de modo inconsciente. Fredric Jameson (1989) afirma que el “inconsciente político” retextualiza la historia en la literatura, pero no al modo de una representación o reflejo, sino bajo la forma de los efectos de una causa ausente. En otras palabras, en la literatura lo que se nos muestra son los resultados del sistema político, sus contradicciones, sus confrontaciones; en fin, los discursos epocales que pueblan las preocupaciones de los escritores, pero no todo el proceso ni mucho menos sus soluciones.

Volviendo a mis reflexiones sobre las novelas, y luego de haber expuesto los rasgos comunes que comparten, paso a destacar sus diferencias generales, correlativas a los proyectos estético-literarios individuales (rara vez, grupales). Desde el punto de vista de la poética novelesca las soluciones son diversas. Sus formas arquitectónicas se distribuyen entre una estética tradicional y una estética con vocación experimental. Sus discursos narrativos —para continuar empleando las categorías de Luz Aurora Pimentel— son extremos: unos optan por la organización cronológica progresiva y el empleo de arquetipos sociales (típicos de la novela realista del siglo XIX), y otros, por la desestructuración del relato y del tiempo progresivo, con actores desdibujados.

La diégesis presenta variantes atribuibles a los sujetos de la enunciación de las novelas. La edad, el origen nacional y social, la afiliación a determinada organización política o el género de cada escritor imprimen gustos e inclinaciones culturales y artísticas que no pueden soslayarse



aunque se comparta la ideología política. El universo espacio-temporal —y los objetos que lo pueblan— de quienes militaron disciplinadamente en un partido de izquierda y conservan esa memoria, aun en condiciones de crisis de las formas de organización gastadas, no es el mismo que el de quienes reivindican esta ideología con la visión de los años sesenta, marcada por la emergencia de la New Left, los *yippies*, el rock, etc. Por eso la diégesis de las novelas, aunque remita a «historias ya leídas» comunes, no es igual en los respectivos discursos narrativos. Esto es notorio al comparar textos que comparten tópicos de la época: el movimiento estudiantil de 1968, las guerrillas en Latinoamérica, los golpes militares de Estado, la guerra sucia, la militancia, la vida en la prisión...

Por todo lo que llevo expuesto, se podrá observar que tan sólo en un primer acercamiento superficial, el complejo novelesco que constituí ofrece varios ángulos de aproximación analítica. Considero que la lectura literaria puede todavía depararme sorpresas porque sabemos que la forma artística aporta matices y variantes a las ideas, al grado de que puede enviar mensajes opuestos a los denotados o agregar información más compleja. Dicho de otro modo: en sus connotaciones, en sus silencios, en sus sesgos, en sus múltiples voces, en sus guiños fugaces, en los motivos que urden la trama y propician el desenlace, en la naturaleza de sus actores, con sus variadas formas irónicas, la novela genera pensamiento y posiciones frente a los debates de su tiempo.

Esta virtud del género fue acertadamente apprehendida en la teoría que Mijaíl Bajtín (2003) planteó, allá por los años veinte del siglo pasado. La tesis del soviético fue que lo único regular de la novela era su apertura al devenir histórico, tanto en sus contenidos como en sus formas; su dimensión irónica y su capacidad de incorporar otros géneros en la dinámica de su relato. De ahí las posibilidades inconmensurables de un género dúctil, maleable, escurridizo, cambiante, siempre amenazado con desaparecer y siempre renaciente.

Ignacio Manuel Altamirano (1988), por su parte, afirmó que la novela era «género proteico». (Proteo era el personaje mitológico griego capaz de volverse físicamente idéntico al ser que tenía enfrente.) De modo, pues, que no pudo permanecer ajena a la proliferación del periodismo, primero (recordemos el folletín, la crónica y el reportaje) y luego la de los medios tecnológicos de comunicación audiovisual que se iniciaron con el cine y ahora están en la era de la Web.

Aunque en términos cuantitativos no todas las novelas estén en condiciones de competir con las narraciones y dramas difundidos masi-



vamente por los medios electrónicos o el cine, siempre habrá resquicios de la vida social que otros relatos (ni siquiera los científicos) no logren abordar, mientras la narrativa literaria sí puede hacerlo. Voy a exponer un ejemplo que me ha llevado a dudar de algunos axiomas de la historia literaria. En el siglo XX, con motivo del llamado *boom* de la narrativa latinoamericana, ciertos críticos y escritores denostaron de la novela realista social que floreció durante el siglo XIX, al grado de negarle su pertenencia al género (Perus, 1995). La bajaron de rango enviándola a la «prehistoria» del género en Latinoamérica. Sin embargo, algunos aceptaron que esa novela «telúrica», «indigenista» o «criollista» había cumplido las funciones de las inexistentes ciencias sociales en la región durante aquel siglo (Rodríguez Monegal, 1972). Cuando en nuestras universidades no se enseñaban sociología, antropología, etnomusicología ni sociolingüística, la literatura registró en sus historias y tramas las relaciones sociales, las desigualdades, las confrontaciones, la violencia caciquil o caudillesca, la explotación despiadada de indios, negros y mestizos; las costumbres, la indumentaria, la cocina y la fisonomía de las diferentes etnias; así como sus modismos, sus dialectos, su lírica. Se rumora que la fuente principal, si no es que la única, del *Diccionario de mejicanismos* de Francisco J. Santamaría fue la novela *Astucia*, de Luis G. Inclán. Claro que actualmente semejantes funciones de la literatura se creen caducas y anacrónicas.

En el siglo XX, cierto crítico literario de México (Domínguez Michael) escribió que la novela política ya no tenía futuro. Pues bien, Nicolás Casullo†, destacado autor argentino de estudios culturales, afirmó que las ciencias sociales no habían logrado formular la comprensión ni registrar la historia de la lucha armada, la guerra sucia y el exilio en Argentina, y que más bien esa comprensión y esa historia las aportan la literatura y el cine.<sup>2</sup> En el mismo tenor, Edith Negrín (2004) asegura que la historia de la guerrilla en México no podrá prescindir de la narrativa literaria, aunque ésta no sea su única fuente, por supuesto.

Sin negar la validez de las afirmaciones de Casullo y Negrín, es de justicia reconocer que desde finales del siglo XX, los aparatos críticos de las ciencias sociales están incorporando fuentes como testimonios orales o historias de vida. Éstos carecen de la contundencia de las estadísticas

<sup>2</sup> Lo dijo en su conferencia «Crítica a la crítica cultural», impartida en el Taller «Estética y política: para repensar la crítica de los nuevos sujetos urbanos de la protesta», Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 4 de octubre de 2006.

o de otros fenómenos mensurables, mas aportan explicaciones sobre el peso de las subjetividades, de las mentalidades, en acontecimientos públicos que trascienden las coyunturas para devenir hitos históricos. Acontecimientos cuya ponderación no concita la visión unificada, sino la divergencia y hasta la confrontación entre historiadores, sociólogos, politólogos, antropólogos, etcétera.

¿Qué ha mostrado la novela que no hubieran podido demostrar las ciencias sociales? Respondo que muestra la dimensión humana de los procesos sociales, todo aquello que no puede reducirse a cifras, a ponderaciones unívocas de un solo color, a etiquetas sistémicas o a generalizaciones arrasantes de lo particular. Revela el aspecto existencial y anímico de la acción política individual; abre la puerta a una catarsis en público, donde se exterioricen la crítica y la autocrítica, las incertidumbres, el escepticismo, las recriminaciones intraizquierdistas, la exasperación por la propia debilidad, el deseo romántico de acción y heroísmo. La novela también es un canal para que los escritores tomen posición ante las encrucijadas y coyunturas políticas y, acaso, fusionen su postura individual con la de una corriente colectiva, sin que ello implique la militancia de los primeros en un partido (Cabrera López, 2006).

Mientras las ciencias sociales y hasta las humanas tuvieron que ceñirse a los métodos y a la sistematicidad de cada disciplina en sus modos expositivos, la novela gozó y sigue haciéndolo, de libertad en todas sus formas. Su carácter «ficticio»<sup>3</sup> la pone a salvo de la vigilancia y del control impuestos al género histórico, por ejemplo, y le permite, quizás, decir más «verdades» que el primero, pues, según lo afirmó Carlos Montemayor (1996: 11): «El escritor se apasiona por la vivencia humana que hizo posible a esos hechos».

Por eso en las novelas la política se humaniza, se despoja de la hipocresía o del cálculo utilitario.

## **Bibliohemerografía**

Altamirano, Ignacio Manuel. 1988. *Obras completas. Escritos de literatura y arte*, vol. 12, J. L. Martínez (comp.). México: SEP/Dirección General de Publicaciones.

<sup>3</sup> Para el narrador argentino Juan José Saer (1999), ficción no equivale a falsedad, sino es la vía de la imaginación literaria para aprehender la complejidad de la realidad que el escritor se propone registrar.

- Bajtín, M. M. 2003 *Estética de la creación verbal*, 11ª ed., T. Bubnova (trad.). México: Siglo XXI, 396 p.
- Cabrera López, Patricia .2007. [2006] *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*, 1ª reimpr. México: Plaza y Valdés-UNAM/CIICH, (Debate y reflexión, 4), 412 p.
- Cabrera López, Patricia .2006. «Una cala política en la narrativa de José Agustín». *Jalla 2006. Jornadas andinas de literatura en Latinoamérica* (coloquio internacional organizado por la Universidad de los Andes, la Pontificia Universidad Javeriana y la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 14-18 de agosto, 2006), CD ROM.
- Cabrera López, Patricia .2004. «Novelas políticas de los años setenta», en... (coord.), *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. México: Plaza y Valdés-UNAM/CIICH: 263–290 (Debate y reflexión, 3).
- Domínguez Michael, Christopher .1985, “La muerte de la literatura política”, *Casa del Tiempo*, vol. 5, núm. 49-50, México, D. F.; UAM: 37-42.
- Jameson, Fredric. (1989) [1981], *Documentos de cultura, documentos de barbarie: la narrativa como acto socialmente simbólico*, T. Segovia (trad.). Madrid: Visor, (Literatura y debate crítico, 2), 242 p.
- Jung, Carl G .1984. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós., (Psicología profunda, 14) 182 p
- Montemayor, Carlos .1996. *La literatura: una dimensión humana de la historia* (discurso pronunciado el 8 de noviembre de 1995, en ocasión de su nombramiento como Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez), México, UACJ, (Cuadernos Universitarios, 24, N. E.), 12 p.
- Negrín, Edith .2004. “Tres novelas sobre la guerrilla en México”, en Patricia Cabrera López (coord.), *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. México: Plaza y Valdés-UNAM/CIICH, 239–262 (Debate y reflexión, 3).
- Perus, Françoise .1995. *El realismo social en perspectiva*. México: UNAM/IIS, 272 p.
- Pimentel, Luz Aurora. (2005) [1998]. *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, 3ª ed. México: Siglo XXI-UNAM, (Lingüística y teoría literaria), 191 p.
- Rodríguez Monegal, Emir .1972. *El boom de la novela latinoamericana. Ensayo*. Caracas: Tiempo Nuevo, 119 p.
- Saer, Juan José .1999. *El concepto de ficción*. México: Planeta Mexicana.